

# Memorial de antiguos incendios

Rafael Toriz

*Las nuevas tecnologías para almacenar textos y mostrarlos para su lectura no han significado el fin del libro, sino un desarrollo paralelo a él*

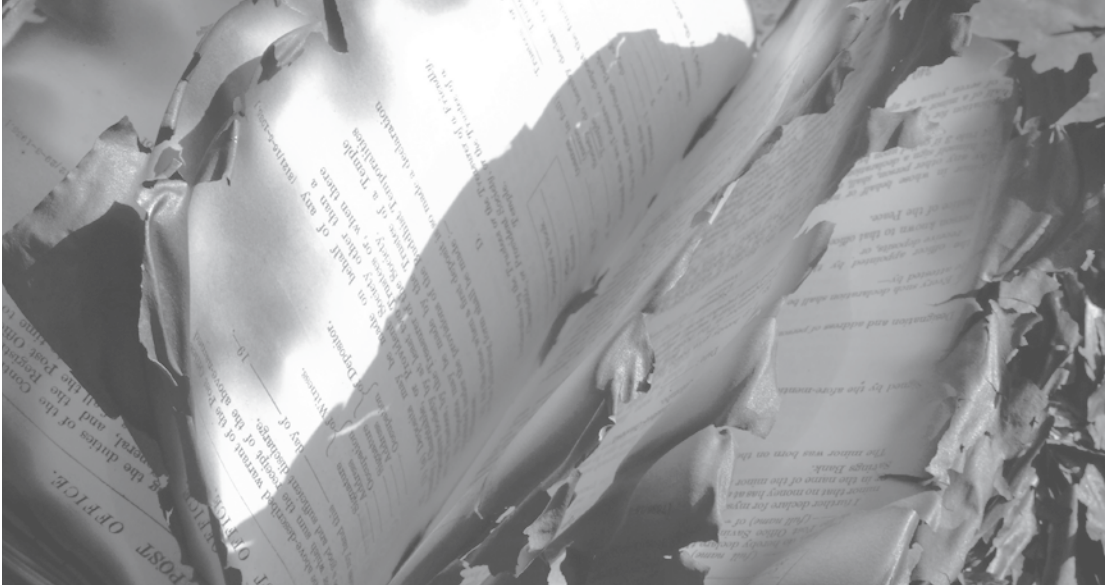
*Pro captu lectoris habent sua fata libelli*  
Terenciano Mauro

HACE ALGUNOS AÑOS, EN UNA CIUDAD que ya no existe, conocí a un niño consumido por la tristeza que fantaseaba con quemar todos los libros de la Tierra. Aquel adolescente soñaba con un incendio fantástico que protegiera la vida del endurecimiento y la angustia derivadas del contacto con laberínticas bibliotecas, un acto de luz que a través de la destrucción hiciera libres a las personas y las ubicara, de una vez por todas, en un campo inmenso donde volver a escribir la vida a través del reverso de la palabra: el silencio, esa manera definitiva de desdecirse honrando la experiencia y, también para unos cuantos, de ensanchar los abismos interiores.

Hoy en día, cuando los libros y el acto de la lectura como los conocíamos se encuentran a merced de agudas mutaciones —tanto en el salto del papel a la pantalla como en el papel que desempeñan como agentes de transmisión de conocimiento— me resulta curioso pensar en ese muchacho que, de alguna manera muy distinta a como imaginaba, vería cumplida su agorera voluntad: en nuestras complejas temporalidades electrónicas los libros, en tanto soporte material y simbólico, están siendo radicalmente revalorados.

Más allá del espanto apocalíptico y la suspicacia que siempre despiertan las nuevas tecnologías, el libro está sufriendo transformaciones materiales, ideológicas, económicas y políticas que atañen a la sociedad





en su conjunto en la medida en que inciden en uno de los actos más nobles y complejos con que contamos los seres humanos: la lectoescritura, esa manera de hacer el amor con la mirada.

Ahora, en tiempos en los que recordar antiguas hogueras pareciera antediluviano, resulta de vital importancia comprender la luz —siempre una llama doble— para leer y calibrar cualquier palabra.

## Uno de los oficios más viejos del mundo

En ocasiones el misterioso acto de leer —derivado del acto de mirar— parece algo más que una técnica. No me refiero, desde luego, a la formidable capacidad de nuestra especie para leer imágenes, ideogramas, letras o notas, sino al hecho de comprender la realidad, incluso sin quererlo, como si fuéramos vestigios de un orden secreto, suerte de enigma que encuentra solución en las intrincadas correspondencias entre el cielo y los planetas, los mares y la noche, los pájaros y el viento. El cuerpo humano, a la manera de un tejido, comporta una escritura que subyace al sentido, especie de presemiótica inherente a todo lo que existe. Ver las líneas de una mano nos provee la certeza de que vivir es una condena dichosa y permanente a la lectura: todo en esta vida es un ejercicio de interpretación.

En ese sentido la elaboración de soportes para la memoria ha sido no sólo una extensión del cuerpo —que funge como texto y escenario— sino sobre todo la instauración de una morada: al ser portales a otros portales que revelan mundos, las palabras demandan cierto arraigo domiciliario, un territorio —llámese tableta, papiro, libro o biblioteca— que les provea de una guarida para no disiparse entre la niebla, como

los fantasmas que convocan. Y es que si algo define a nuestra especie es el recuerdo: somos por excelencia el animal de evocaciones. Esa misma capacidad, además de dotarnos de cultura, es la que nos ha construido un universo de información, verdadero *maremágnum* en el que, de no ser por la indiferencia, la lucidez o la ignorancia, estaríamos destinados a perecer (desde que pudimos escribir y almacenar el mundo se volvió más rico y variado, pero también más caótico y extraño).

Hace unos años George Steiner aseguraba que “la humanidad instruida se ve abordada a diario por millones de palabras impresas, emitidas por radio o televisión, que aluden a libros que nunca se abrirán, música que nunca se escuchará, obras de arte sobre las que nunca se posará mirada alguna. Un perpetuo murmullo de comentarios estéticos, juicios improvisados y pontificaciones enlatadas inunda el aire”. Ahora, cuando el temor al grado Xerox de la escritura y al imperio del régimen tipográfico han palidecido ante las galaxias en expansión de la red, lo abisal de lo *p(e)or venir* ha perdido incluso su carácter monstruoso: no se puede pensar más el concepto de dimensión y de archivo como localización puesto que la realidad digital se ofrece todavía como una entidad no del todo conceptualizable: el espacio de la lectoescritura en el presente está llamado a ser vivido primordialmente como un flujo sin principio ni final que acontece en el tiempo, a semejanza de la música.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> De ahí que para ciertas personas, como es mi caso, represente una gran dificultad el “resignarse” a la lectura lineal de un libro cuando es posible, en la red, leer (u ojear si se prefiere) distintas experiencias visuales que comprometen a diversos sentidos en el acto de la lectura, contando además con la experiencia de la simultaneidad (a semejanza del aleph), lo cual hace del instante de interpretación una experiencia, por llamarla de alguna manera, atmosférica en *dolby-surround*.

En la actualidad todos somos escritores hasta que se demuestre lo contrario; mucho más ahora en que la consigna de publicar o morir se ha vuelto, para una parte significativa de la sociedad, una forma indispensable de la convivencia, como lo demuestran las distintas redes sociales (Twitter, Tumblr, Facebook) y toda suerte de blogueros paganos que han conseguido, aun sin pretenderlo, osificar las conversaciones humanas, es decir, pergeñar la más grande, absurda y todavía inconcebible construcción textual de la humanidad. No de otra manera puede entenderse el delirio de la Biblioteca del Congreso de Washington (acaso el acervo textual más grande del mundo), que anunció en abril de 2010 la compra total del archivo de los usuarios de Twitter, el portal de *microblogging* más utilizado del planeta.<sup>2</sup> Tal medida, que sólo podría ser útil a una improbable y ridícula microhistoria borgiana de terrible y ociosa memoria —funesta por decir lo menos—, transformará las nociones mismas de texto, almacenamiento y biblioteca como las conocemos, llevando a la palabra y sus espectros a su expresión más monstruosa, pero sólo dentro de la gramática en la que aún nos desenvolvemos: es muy pronto todavía para saber cómo afectará este cambio paradigmático la historia de nuestras subjetividades.

## Nuevas vicisitudes de un antiguo compañero

Mucho se habla hoy día al respecto de la convivencia entre lo digital y lo analógico, entre el libro y sus nuevos soportes; sin embargo uno de los análisis más profundos, apasionados y sostenidos es el que ha realizado el



historiador y director de la biblioteca de la universidad de Harvard, Robert Darnton, quien en la espléndida y mayormente luminosa compilación de ensayos *The Case for Books* —extrañamente aún no traducida al español— da cuenta de las principales angustias y preguntas que entraña uno de los objetos inmejorables de la humanidad, a semejanza del clip, el vaso y el cuchillo: el discretísimo libro. Darnton, especialista

mundial en su historia, abre el análisis con un contundente *parti pris*: “Éste es un libro sobre libros, una descarada apología por el mundo impreso, pasado, presente y futuro. Es también un argumento acerca del lugar de los libros en el ambiente digital que ha devenido un hecho fundamental en la vida de millones de seres humanos”. Darnton, que resuelve sin mayores aspavientos la ociosa disputa entre apocalípticos e integrados, sostiene —casi siempre con ejemplos eruditos— que toda reflexión sobre el futuro de los libros debe abreviar en el pasado, puesto que los cambios inmediatos, si bien extraordinarios en cuanto a la materialidad del soporte y

en tanto prácticas de lectura, en el fondo no son “tan distintos”, lo que mueve a preguntar, no sin visos epistemológicos, cómo y dónde acontece *exactamente* el instante de la lección y, sobre todo, qué es lo que hace libro a un libro: ¿el objeto o su contenido? Parecería que, pese a los avances meteóricos de la técnica, al leer en una pantalla, un teléfono o una tableta (iPad, Kno, Kindle, Nook)<sup>3</sup> no estamos sino repitiendo una de las

<sup>2</sup> *The New York Times* (14-iv-2010). <http://nyti.ms/bwm564>

<sup>3</sup> Soportes cuya novedad, en más de un sentido, también resultan aparentes. La lectura de tabletas se hacía hace milenios en la antigua Mesopotamia (iPad, Kno, Kindle, Nook); y la lectura de rollos, a semejanza de las pantallas de computadora, era práctica común desde los tiempos de la Biblioteca de Alejandría.

prácticas humanas más hermosas: iluminar el mundo con el fulgor de la mirada.

Sin embargo, un hecho insoslayable es el que atañe a su principal soporte material: el papel, que en el caso de cierta clase de libros ha sufrido una transformación molecular definitiva. Hoy día existen libros que ya están muertos y, probablemente, no volverán nunca. Es el caso de las enciclopedias y el de algunos diccionarios, que ya no tienen lugar en los estantes, puesto que ante las posibilidades fantásticas e inmediatas de actualización de la red, el hecho de plantear soportes que ocupan un gran espacio hace ver a los antiguos libreros como extraños habitantes de un mundo prehistórico y remoto. La enciclopedia, como fue planteada en sus inicios, no deseaba solamente ser un depósito de conocimientos, sino una vasta constelación de correspondencias y asociaciones, un proyecto colectivo donde se articulan el saber, la información y la inteligencia,<sup>4</sup> aspiración legítima que, aciertos más o aciertos menos,

<sup>4</sup> Con el acontecer de los años la realidad ha revelado que otra de las aportaciones fundamentales de Borges ha sido su mirada visionaria, es decir, sus palabras de profeta. La red, qué duda cabe, es la mastodóntica Biblioteca de Babel.

ha conseguido de manera irrefutable y asociativa Internet. Las cosas están cambiando, y en algún momento cambiarán definitivamente.

Dice Darnton:

Cualquiera que sea el futuro, será digital. El presente es un tiempo de transición, en donde los modos de comunicación impresos y digitales coexisten, y la nueva tecnología se torna pronto obsoleta. Ahora mismo estamos atestiguando la desaparición de objetos familiares: la máquina de escribir, hoy consignada a las tiendas de antigüedades; la postal, una curiosidad; la carta escrita a mano, que excede la capacidad de la gente más joven que no sabe escribir en forma manuscrita; el periódico, extinto en muchas ciudades; la librería local, reemplazada por los consorcios.

Otro de los aspectos sobre el que Darnton es muy puntilloso es el concerniente al llamado *open access* de las principales bibliotecas del mundo, lo que lo lleva a analizar uno de los fenómenos torales de nuestro tiempo: las intenciones de Google por digitalizar todos los libros del planeta, hecho loable en sí mismo, pero que mirado con atención puede ser —y lo es— un arma de doble filo.

Darnton, con las leyes en la mano, es muy preciso en este punto. Los peligros de que Google Book Search monopolice el acceso a la información son reales. Google es una empresa, y como tal está abocada a una actividad por sobre cualquier otra: ganar dinero. De ahí que las expectativas de Darnton respecto del trabajo “filantrópico” que realiza el gigante de la red sean suspicaces, puesto que, al ser Google la empresa que lidera el mercado, pronto será prácticamente imposible desmembrar el monopolio constituido, ayudado por la “buena voluntad” (en este punto yo soy el suspicaz) de las instituciones dedicadas a guardar, ensanchar y proteger el saber humano, y que le han dado libre acceso a sus archivos. Dice Darnton: “Debemos digitalizar, pero no a cualquier costo. Debemos hacerlo pensando en el interés público, no sólo en los intereses comerciales [...] Y claro, debemos digitalizar. Pero más importante todavía, debemos democratizar [...] ¿Cómo? Reescribiendo las reglas del juego, subordinando los intereses privados al bien colectivo”.



Por otro lado, Darnton es receloso frente a la preponderancia que se le ha dado a la digitalización de los archivos por sobre las antiguas prácticas bibliotecológicas, olvidando que, al día de hoy, no hay nada más resistente que los libros pergeñados hasta el siglo XIX, por oposición a todos los soportes contemporáneos que tienen vidas útiles muy limitadas y penosas (piénsese en los microfilms, los disquetes, los CD, las memorias USB e incluso los libros más recientes)<sup>5</sup> en la medida en que están pensados como insumos tecnológicos descartables y no como soportes a prueba del tiempo. A este respecto, Darnton señala algunos de los problemas a los que se enfrenta el reinado digital: *a)* Es empíricamente imposible que Google ponga todos los libros impresos en línea. *b)* Al momento de la digitalización algunos aspectos esenciales del libro pueden quedar fuera. *c)* Al guardar varias copias de una misma edición, ¿quién las organizará en orden

<sup>5</sup> Al respecto recomiendo el apasionante estudio de Nicholson Baker *Double Fold*, una denuncia que pretende impedir la destrucción de los millones de documentos *en vivo* que anualmente destruye, por cuestiones de espacio, la Biblioteca de Washington, conservándolos en sus archivos como microfilms o en formatos digitales.

de importancia o pertinencia? (Visto está que Google emplea a muchos ingenieros, pero hasta la fecha no ha empleado a un solo bibliotecario.) *d)* Al ver los libros como mercancías —que lo son— se deja de lado uno de los aspectos más extravagantes y bellos del mundo impreso: los libros son hechos por seres humanos, y por lo tanto cada libro representa y posee una marcadísima individualidad. Ningún libro es igual a otro, incluso dos ejemplares presuntamente idénticos. Por tal motivo, en tanto la visión digital del mundo no pueda —y no parece posible que lo haga— dar cuenta del registro de la personalidad y el accidente en sus dominios, no resulta probable que debamos prescindir de las antiguas bibliotecas; de ahí que Darnton insista no sólo en seguir manteniéndolas sino incluso apoyándolas e invirtiendo en ellas en la misma medida en que se apoya la digitalización por una razón tan simple como esencial: la biblioteca, desde hace muchas noches, es el repositorio material de nuestra memoria.

Quedan aún muchas preguntas por hacer y más todavía están por replantearse. Sin embargo, si de algo podemos estar seguros es que, mientras la vida permanezca, a no dudarlo, será leída. **▲▲▲**

#### Premio a Mónica Lavín

Con agrado nos enteramos del otorgamiento de un premio literario a una antigua colaboradora (y siempre amiga) de la Dirección de Publicaciones y Promoción Editorial de la UAM: Mónica Lavín acaba de ser distinguida con el Premio Iberoamericano de Novela “Elena Poniatowska”, que otorga la Secretaría de Cultura del Distrito Federal, por su novela *Yo, la peor*. El premio, que cumple su tercera edición este año, le fue entregado el 11 de octubre en el marco de la Feria del Libro del Zócalo.

Felicitaciones y un abrazo a Mónica.

